

LA LAPIDA

Por J. A. PEREZ DEL VALLE

EN el jardín del ingeniero Vélez abundaban los crisantemos. Hasta la nariz de Valeriano llegaba claramente su olor; un inconfundible olor amargo («Los olores no clasifican como los sabores, ¡burro!», decía «Mastuerzo», el capataz), indisolublemente ligado al recuerdo de los muertos. La helada que caía a plomo sobre hierbas, árboles y tejados, con su poco de olor a chamusquina, acentuaba el recuerdo de la proximidad del día de Todos los Santos.

En el jardín de la casa que la Empresa daba al ingeniero, había crisantemos amarillos, rojos y blancos; los había dobles y sencillos, y también japoneses y de Holanda; unos en forma de borla de darse polvos las señoritas, y otros como flor de cardo borriquero. Pero, bien es verdad, en la casa del ingeniero abundaba de todo, o por lo menos a Valeriano se lo parecía. No había que mirar al jardín («Estilo inglés, ¡burro!», decía «Mastuerzo», el capataz), ni la casa («Estilo colonial inglés, ¡burro!», decía también «Mastuerzo»), ni siquiera había que mirar el Morris. A Valeriano le bastaba contemplar a través de la ventana la pantalla color «ciclame» que brillaba en la grata penumbra del «living», y escuchar aquella música que decía:

«Every valley shall be exalted»
(Cada valle será elevado)

(que el capataz, de haberlo sabido, hubiera dicho que era de «El Mesías» de Haendel, un músico casi inglés). Allí se debía estar muy bien; cómodo de asiento, caliente de fuego y vapor, y sin sed, claro.

A Valeriano, siempre en la nariz el olor a muerto de los crisantemos, le venía a la memoria, quizá por milésima vez, el recuerdo de los trozos de mármol; estaban apoyados en la pared del cobertizo hacia más de un año, y ya verdeaban, por el agua del goteo que los salpicaba. Valeriano, la gorra sobre la ceja izquierda, la collilla requemada y babeada en la comisura, los miraba siempre, mientras le daba a la martellina; a veces calculaba mentalmente su tamaño, sin decidirse. Los trozos de mármol tenían huellas de yodo, de agua fuerte («Acido clorhídrico, ¡burro!», decía «Mastuerzo», el capataz), quizá de fenolftaleína o de reactivo de Fehling —¡vaya usted a saber!—, pues habían formado parte de una mesa de laboratorio, rota en la última reforma.

La sombra del ingeniero —pelo ondulado, nariz perfecta, labio de camello— se movió por la habitación. Valeriano se imaginó que a echar un tronco más a la chimenea, a una chimenea para la cual él labró una vez una ménsula que se había rajado; pero se equivocaba, pues el hogar tenía un buen tuero en

brasa, que daría calor para toda la velada, sin necesidad de repuesto.

Valeriano resopló, y a través de su aliento contempló la esbelta figura del ingeniero cruzar ante la pantalla. Un ansia, como de estudiante nervioso ante un examen, le bullía dentro. Sabía que el ingeniero estaba acompañado por Ondarreta, el químico, y tenía esperanza de que éste influyese por él; recientemente le había tallado un escudo de piedra para la balconada de su casa (en horas de trabajo, ¡claro!, y hasta metiendo alguna extra que no había podido justificar luego). Fue cuando revalorizó el título («Barón de Ondarreta; barón con be, ¡burro!», dijo el capataz). Pero Valeriano, con un pesimismo hijo de la experiencia, no acababa de decidirse, lió lentamente un cigarro de «fino superior» en una hoja de «El Rey de Espadas» —que le facilitaba a su precio un amigo tabernero—, y lo albergó en la boca. Luego, con los ojos entornados, continuó mirando la pantalla carmesí, mientras recordaba sus proyectos de días atrás.

—Quizá salga una lápida de treinta por cincuenta, o por lo menos de veinticinco por treinta y cinco. No será tan buena —se decía— como la que puso la Fulgencia a su Felipe (que bien me la restregó por los morros), pero, por lo menos, callará la hermana de mi mujer. La verdad es que tiene su punto de razón mi cuñada; ya va para nueve meses que le dimos tierra a la difunta, que en gloria esté, y todavía tiene sólo la estaquilla con el número en el cabecal de la sepultura. Y eso no está ni medio bien.

La música cesó un instante, y otra vez la sombra del ingeniero se movió junto a la ventana. La música que siguió fue del «Requiem» de Mozart, y su sonido penetró hondo en Valeriano. A Valeriano no es que le gustase mucho la iglesia, pero aquello, aunque sonase a iglesia, le agradaba, si señor; le recordaba el funeral que le hicieron al difunto director, donde había lo menos treinta curas, y sin haber músicos en el coro, sonaba a violines, a flautas y a trompetas; a todo; hasta a voces humanas («Es que tocaban el órgano con todos los registros, ¡burro!», dijo «Mastuerzo» después).

Valeriano, absorto en los recuerdos, babeaba por el cigarro, que se requetaba caprichosamente.

—Dominica Fernández. Dominica Fernández de Andrés, debiera poner, como hacen los señoras, porque yo me llamo Valeriano de Andrés, sólo que el «de» no lo uso porque no se diga... Pero sería muy largo. ¿Pondremos sólo Nica Fernández? Todos la conocían por Nica... Pero no, no; no vamos a tacañear con

la difunta. 14 de febrero de 1961. Recuerdo de su esposo e hijos... Tampoco; no es por ahorrar, es que no va a caer. R. I. P., o, mejor, D. E. P., parece menos triste; eso de R. I. P. suena tan a muerto...

Todo eso pensaba Valeriano, un día tras otro, sin acabar de atreverse, mientras le daba al cincel, o a la maza. Hasta que, de pronto, un día el inconfundible olor de los crisantemos le recordó la proximidad de noviembre, y su cuñada, que se puso imposible.

—Las recortaré por la mañana, antes de que venga el capataz. El lunes, que es buen día. El ingeniero se va a pasar el fin de semana en la finca del campo, y vuelve siempre los lunes a mediodía; por eso «Mastuerzo» no madruga. El trabajo fino me lo hará «Bujarda», quizá se lo saque a tres reales la letra... o a seis perras, si le aprieto un poco; será cosa de «trabajarles» ante un caneco de clarete.

El tiempo corría, y Valeriano, sintiendo una extraña opresión en el diafragma, que parecía crecer con el tiempo, minuto a minuto, no se decidía a cruzar la cancela y llamar a la puerta. Pero había que hacerlo, era la única oportunidad que le quedaba: prometer, llorar, jurar si era necesario, lo que fuese. No podía resignarse así como así a la injusta, aunque legal, decisión del ingeniero. Las losas permanecían allí olvidadas, y su destino era que un día esportasen a alguien y terminasen en la escombrera; cosas de más valor habían tenido antes tal fin.

En un arranque cogió el tirador de la portilla y la abrió. Mientras cruzaba el camino, cubierto de fino y blanco canto («Marmolita, ¡burro!», dijo una vez el capataz), la sombra del ingeniero volvió a moverse junto a los cristales. La música había cesado, y las voces se oían perfectamente desde el porche. Valeriano se detuvo escuchando, sin atreverse a pulsar el timbre de la puerta.

—¿Otro whisky? —decía el ingeniero.

—Bueno —decía el químico.

Y se oía el repiqueteo de los cristales, vaso, hielo, botella, y el fis-fis del sifón.

—Ahora vamos a acercarnos un poco a nuestro siglo. La música romántica me gusta menos. Tengo la misa en sol menor de Schumann; pero toda esta música me parece un poco frívola, como de ópera; da poca devoción ¿Te parece que pasemos a nuestro siglo? ¿La Sinfonía de los Salmos de Strawinsky?

—Bueno —decía el químico.

Valeriano, al oír aquella extraña música, como provocado por su excitante preludio, sintió que le ahogaba la desesperación de que iba a llegar el Día de Difuntos y la sepultura permanecería con



su montoncito de tierra desnudo, en medio de un derroche de colores, flores y farolillos; sin otra cosa en la cabecera que su puntiagudo mojon gris de negro número. Ni una cruz, ni una lápida; ni un farol, ni una corona; ni siquiera tendría dinero para un pequeño ramo de flores. De pronto se dio cuenta de que toda su espera no había sido sino la prolongación de su anhelo de poner algo decoroso, algo digno, algo que testimoniasse a la difunta sus sentimientos. Y las lágrimas le vinieron a los ojos como no le habían venido —quizá de pura estupefacción— el día que la enterraron.

Apretó los puños y dirigió el dedo, como una espada, hacia el blanco botón del timbre. Pero inmediatamente bajó la mano; no podía dirigirse al ingeniero, a pedir algo, lleno de ira, porque todo lo echaría a rodar, y se acabaría la última esperanza. Dio unos cortos pasos por el porche, y lió otro cigarro para serenarse.

Mientras, acabada la música, la voz del ingeniero continuaba, picando en engolada, como si discursase:

—¿Los «negro spiritual»? (Pero hombre! Pues verás espiritualidad, sentido del ritmo y originalidad en la melodía. Los negros, como sabrás, no son católicos como nosotros, sino protestantes; por eso, en sus canciones, las referencias



a la Biblia son constantes, y el tema de Moisés libertador casi su «leit motiv», como esta de «Go down, Móses» (Baja Moisés).

La voz cascadísimas de Armstrong entonó:

«Every sin in this world or in the
[other has a pain...»

(Cada pecado tiene su pena en este
[mundo o en el otro.]

Valeriano se golpeaba con saña, al compás de la música, palma con puño, sin darse cuenta, casi con el histerismo con que los «Original Five Blinds Boys» repitieron después:

«God's word never pass away, never
[pass away, never pass away...»

(La palabra de Dios no pasará, no
[pasará.]

Y golpeó, también, al ritmo de la «Sensational Nightingales», y a su pesar, los helados pies contra las losetas del pavimento:

«Our Father, Who is in Heaven, ha-
[llowed be...»

(Padre Nuestro...)

Mientras, entre canto y canto, la lenta, grave, bien timbrada voz del ingeniero continuaba:

—Como en los «labour songs» y los «ragtimes» recogidos por Handy. Opina Bornemann, sin embargo... Bueno, ya sabes que las notas «blues»...

Aún Valeriano escuchó a las hermanas Peters:

«Sometimes I feel like a motherless
[chil...»

(A veces me siento como un niño
[huérfano.]

sintiendo desánimo, y ganas de abando-

narlo todo y volverse a casa. Y oyó a Belafonte:

«In that great getting up morning...»
(en ese amanecer...)

sintiendo espanto al pensar que tenía que enfrentarse con su cuñada, y con la vida, con las manos vacías, sin nada, nada, nada.

Y la voz del ingeniero Vélez, vibrante, entusiástica, llena de erudición, seguía:

—...según la cual las ambiciosas formas, las vacías formas orquestales, tienden a sofocar el expresivo fondo emocional, religioso...

En este momento el timbre de la puerta le interrumpió. Instantes después la doncella le anunciaba a Valeriano, el cantero.

—¿El cantero? ¡Ah! ¿Y qué quiere? Ya se le dijo esta tarde todo lo que había que decirse.

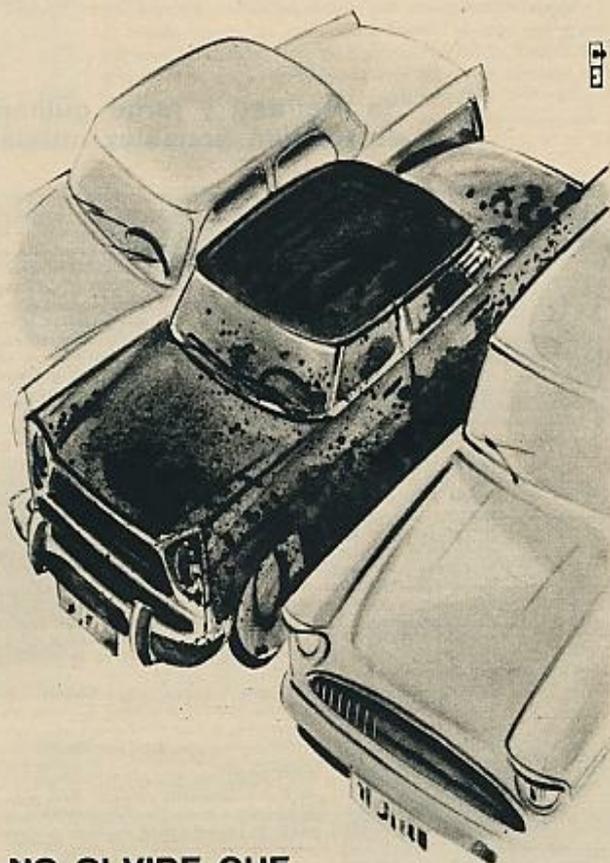
—¿Qué pasa, qué pasa? —preguntó el químico, como si despertase.

—Nada: un «elemento» que se hizo una lápida en horas de trabajo y con material robado a la empresa. Se le despidió con todos los derechos, naturalmente.

—¿Valeriano? Ah, ya sé quién es —dijo el químico—, un tipo bastante corto, aunque no es mala persona, según creo.

—Sí, sí; pero si les dejas..., ya sabes. Nada, nada; dile que no tengo más que añadir a lo que le dije esta tarde —continuó dirigiéndose a la chica—, que no me moleste. —Y añadió para el químico, engolando otro poco la voz: Como te iba diciendo, este profundo sentido religioso de los «spirituals»...

UN
COCHE
SUCIO
ES...
UN COCHE VIEJO



NO OLVIDE QUE
"POR SU COCHE LE JUZGARAN"

USE
CON REGULARIDAD
PRODUCTOS
PARA CARROCERIA

Krafft

Pida la Bolsa
Auto-Limpieza y obtendrá
a un precio excepcional:

CRISTALUX
Limpia cristales rápido.

ANTI-TAR
Elimina alquitrán
y manchas de grasa.

KROMOLUX
Abrillantador-protector
de cromados y niquelados.

EVER-LUX
Paño antivaho
para parabrisas.

K-LIMP
Lavamos sin agua
jabón ni toalla.

ALGODON
Plegado para aplicar
los productos.

BAYETA
Para cristales y uso general.

SIETE UTILES, POR EL
PRECIO DE CUATRO, QUE
LE ASEGURARAN BRIL-
LANTEZ A SU COCHE Y
UNA VISIBILIDAD PERFEC-
TA A USTED.

PARA MAS Y MEJORES KILOMETROS



Krafft